

Las condiciones de vida del proletariado

En esta fábrica trabajan mil quinientas personas, y más de la mitad tienen menos de quince años. La mayoría de los niños están descalzos. El trabajo comienza a las cinco y media de la mañana y termina a las siete de la tarde, con altos de media hora para el desayuno y una hora para la comida. Los mecánicos tienen media hora para la merienda, pero no los niños ni los otros obreros.

Cuando estuve en Oxford Road, Manchester, observé la salida de los trabajadores cuando abandonaban la fábrica a las doce de la mañana. Los niños, en su casi totalidad, tenían aspecto enfermizo; eran pequeños, enclenques e iban descalzos. Muchos parecían no tener más de siete años. Los hombres en su mayoría de dieciséis a veinticuatro años, estaban casi tan pálidos y delgados como los niños. Las mujeres eran las de apariencia más saludable, aunque no vi ninguna de aspecto lozano. Aquí vi, o creí ver, una raza degenerada, seres humanos achaparrados, debilitados y depravados, hombres y mujeres que no llegarán a ancianos, niños que nunca serán adultos sanos. Era un espectáculo lúgubre.

Charles Turner Thackeray, *Los efectos de los oficios, trabajos y profesiones, y de las situaciones civiles y formas de vida, sobre la salud y la longevidad* (1832) (fragmento).

Trabajo en el pozo de Gawber. No es muy cansado, pero trabajo sin luz y paso miedo. Voy a las cuatro y a veces a las tres y media de la mañana, y salgo a las cinco y media de la tarde. No me duermo nunca. A veces canto cuando hay luz, pero no en la oscuridad, entonces no me atrevo a cantar. No me gusta estar en el pozo. Estoy medio dormida a veces cuando voy por la mañana. Voy a escuela los domingos y aprendo a leer. Me enseñan a rezar. He oído hablar de Jesucristo muchas veces. No sé por qué vino a la Tierra y no sé por qué murió, pero sé que descansaba su cabeza sobre piedras. Prefiero, de lejos, ir a la escuela que estar en la mina.

Comisión Ashley, testimonio de Sarah Gooder, de ocho años, recogido para el estudio de la situación en las minas (1842).

Los dueños de las fábricas, ansiosos por mantener en funcionamiento sus máquinas día y noche mientras la industria fuera próspera, ocupaban a hombres, mujeres y niños en jornadas de trabajo de doce a dieciséis horas, de día y de noche.

Cuando comenzaba un período de dificultades económicas con baja en las ventas, los empresarios no dudaban en deshacerse de la fuerza de trabajo: despedían a muchos trabajadores, ya que en la puerta de la fábrica una larga fila de desocupados esperaba el momento en que los propietarios de las fábricas decidieran poner nuevamente en funcionamiento sus máquinas. Cuando los patronos querían aumentar la producción hacían trabajar más duramente a sus trabajadores. Cuando era necesario reducir la producción, despedían a un número determinado de

trabajadores o contrataban personal eventual para que trabajara solo unas cuantas semanas o meses a cambio de sueldos miserables.

Las jornadas diurnas y nocturnas, absurdamente largas, deben haber provocado una disfunción en la eficacia de los trabajadores; durante algunas de estas interminables horas, el trabajo debe haber dado resultados negativos en vez de positivos.

Phyllis Deane, *La revolución Industrial en Gran Bretaña* (1953) (fragmento).

Desde que entré en Cataluña, comencé a oír quejas, censuras, protestas, gritos de indignación contra lo que ocurre en las fábricas de la montaña del Llobregat. No tardó en aparecer ante nuestros ojos la figura del cacique industrial. Es la persona más rica y más influyente de la población, no el cacique, sino mejor diríamos el señor feudal de la ciudad.

En la colonia viven más de mil individuos; los niños empiezan a trabajar a los siete años, los obreros están hacinados en habitaciones inmundas y el patrón, gracias al privilegio de la colonia, paga 2.000 pesetas de subsidio industrial, siendo así que antes pagaba 8.000. Se impide a los obreros leer periódicos que no sean esencialmente católicos, se les obliga a comprar todos los alimentos en la cantina de la colonia. El domingo por la mañana, o el mismo sábado por la noche, el patrono ya se ha reembolsado todos los jornales de la semana que acaba de pagar. No es más que un cambio, no es un pago. Pasa el dinero de la caja del fabricante por conducto de la tienda de ultramarinos, que es suya, del café que es suyo, de la tahona que es suya; de las casas (cuyo alquiler le pagan los obreros con creces) que eran suyas, del estanco, que es suyo, etc. En la colonia vimos una habitación donde dormían dos niños y un matrimonio en una misma cama y en otra un niño y una niña. En otro cuarto contiguo dormían tres personas y en un cuartito de siete palmos de largo y cinco de ancho dormía una niña. El alquiler de esta casa es de 6 ½ pesetas. En esta colonia las enfermedades infecciosas son endémicas, la viruela crónica. A veces se desarrolla tanto que, a pesar de las murallas de la colonia, infecta a los pueblos. Mala alimentación, aire tansado, trabajo de 16 horas, ¿qué resultados han de dar?

Luis de Morote, “El feudalismo en las fábricas”, *La Publicidad* (7 de mayo de 1891).

Las casas de las ciudades escocesas tienen, generalmente, cinco o seis pisos —como en París y contrariamente a las ciudades inglesas, donde, en lo posible, cada uno tiene su casa aparte— y cada una está habitada por un gran número de familias; la aglomeración de muchos individuos en una pequeña superficie es, por esta causa, mayor. “Estas calles —dice un diario inglés, en un artículo sobre las condiciones sanitarias de los trabajadores en las ciudades—, son tan estrechas, que des de la ventana de una casa se puede entrar en la casa de enfrente, y las casas son altas como torres, de modo que la luz apenas puede penetrar en los patios y las calles. En estos lugares de la ciudad no existen cloacas, ni hay en las casas cañerías o retretes, y por lo tanto, cada noche, todas las inmundicias, los residuos y excrementos de, por lo menos, 50.000 personas, son arrojados a los albañales, de modo que, a pesar del

barrido de las calles, se produce una capa de suciedad estancada y un olor nauseabundo. Y con esto, no solamente se ofende la vista y el olfato, sino que además está dañada, en alto grado, la salud de los habitantes. ¿No es de maravillarse que en tales condiciones estén completamente postergadas todas las normas de salud, la moral y aún de la más elemental conveniencia? Por el contrario, todos los que conocen de cerca las condiciones de los habitantes, pueden testimoniar el alto grado alcanzado por la miseria, las enfermedades y la inmoralidad.”

Friedrich Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845) (fragmento).

